

dad se encuentran precisamente en la primera fila de los defensores de nuestra existencia nacional. Esto data de la época de Paul Wlodek, quien se enfrentó en el Concilio de Constanza al calumniador Falkenberg; lo mismo ocurrió en los tiempos de Dlugosz y en los siglos posteriores, hasta nuestros días. Los nombres de Dietl, Charles Estreicher, Zimmermann, Konopczynski, Wacław Sobieski, Kutrzeba y muchos otros lo atestiguan.

No; nosotros no hemos fomentado ni fomentaremos el odio a la nación alemana. En cambio, nos dedicamos a mantener una inquebrantable voluntad de resistencia ante el espíritu de conquista del imperialismo germánico, y despertamos también esta voluntad en el alma de los alumnos que están bajo nuestro cuidado. Si, por esta razón, nuestros ve-

nerables colegas deben sufrir en los campos de concentración para morir como mártires, podemos decir con orgullo: hemos sufrido por una causa justa.

El 6 de noviembre de 1939, el representante de la Gestapo nos aseguró con arrogancia e insolencia que nunca jamás —*nie wieder*— una palabra polaca resonaría entre los muros de la universidad Jaguelona, debido al delito histórico de que se había hecho culpable. Pero Herr Müller fue un falso profeta. La lengua polaca tiene de nuevo derecho a ser pronunciada aquí; la enseñanza de la ciencia continúa; nuestra Universidad vela por la consolidación de la cultura espiritual y moral de la nación. Y se mantiene, con fidelidad e integridad, al igual que en el pasado, a través de las vicisitudes de seis siglos de existencia, al servicio de la ciencia.

DOCUMENTOS

LOS LIBERALES Y CUBA

Por Robert Paul WOLFF

• Si algún aspecto hay del asunto cubano sin examinar, éste es la reacción de la opinión norteamericana, y en particular la de los liberales: decididamente favorables a Castro en un principio, ahora están reticentes, si es que no hostiles.

El autor, profesor de la Universidad de Harvard, explica los motivos de esta evolución.

CUBA planteó un problema a las izquierdas. El gobierno de Batista era profundamente malo y depravado, y en la medida en que los liberales norteamericanos estaban conscientes de ello, se oponían a la política de ayuda y no intervención de los Estados Unidos. Sin embargo, el régimen revolucionario de Fidel Castro no corresponde en absoluto al tipo de democracia constitucional que los liberales podían apoyar sin reservas. Es por esto que tras una primer oleada de entusiasmo por los rebeldes de Castro, los periódicos de izquierda como *The New Republic* y *The Reporter* se atrincheraron en un silencio molesto. Recientemente, *The Reporter* rompió el silencio con un editorial de Theodor Draper titulado "La Revolución fugitiva", cuya conclusión expresa perfectamente el titubeo de los liberales: "Castro definió un día su revolución como la libertad y el pan sin el terror. Si prosigue en ir demasiado de prisa, demasiado lejos y demasiado fuerte, Cuba tendrá quizás el terror sin pan ni libertad."

DE LA SIMPATÍA...

La revolución comenzó con el desembarco de ochenta y un hombres de Castro en la provincia de Oriente. Tras haberse abierto combatiendo un camino hasta el refugio de Sierra Maestra, los doce sobrevivientes emprendieron su larga campaña de sabotajes. Necesitaron Castro y sus partidarios algo más de dos años para transformar este minúscu-

lo grupo rebelde en un movimiento revolucionario victorioso. El lapso de clandestinidad concluyó el primero de enero de 1959, cuando Batista huyó de La Habana, abandonando la capital a las tropas de Castro.

En un principio la opinión norteamericana fue moderada y en general favorable a Castro. Durante los primeros meses, nadie tomó muy en serio a la pequeña banda, pero la idea de que un puñado de hombres se levantaba valerosamente contra un dictador impresionó al público americano. Todas las naciones tienen su cuento de hadas favorito, y el nuestro es "Jack vence al gigante", la historia del hombrecito que sale triunfador de pruebas insuperables. Puede parecer extraño que un país como los Estados Unidos prefiera a Jack que al gigante pero es que ocurre que el perro apaleado goza de la simpatía de los norteamericanos. Y fue este papel el que los periódicos americanos asignaron inmediatamente a Castro.

Time, portavoz de una facción del partido republicano que se caracteriza por su muy particular refinamiento, su cosmopolitismo y sus vínculos con los grandes asuntos, presentaba la rebelión como "una pequeña revuelta de don Quijote" y definió a Castro como "un joven jurista batallador". A medida que los rebeldes escapaban de los soldados de Batista y obtenían el apoyo de las poblaciones de Oriente y La Habana, se multiplicaban las leyendas en torno a ellos. Los ecos eran unánimemente favorables y no disimulaban el terror que reinaba con Batista. Desde mediados de 1957, reporteros y fotógrafos emprendieron la expedición hasta el montañoso cuartel general de Castro. Se dedicaron a hacer descripciones novelescas de los barbudos guerreros, y los americanos que estaban al corriente de los sucesos agregaron a su repertorio los exóticos nombres de Raúl Castro, Che Guevara y otros. Al fin, las tropas de Castro aparecieron en las actualidades: ¡Batista

parecía ser el único en no poder encontrarlos!

Durante los últimos meses de 1957 y a lo largo de todo el 58, el interés inspirado por Castro proseguía despierto y la opinión favorable. Incluso el asalto de un grupo de americanos de la base naval de Guantánamo en junio de 1958, fue considerado como un pasaje de opereta y las "víctimas" en general presentadas como partidarias de la causa de Castro. Un hecho significativo fue que a pesar de la profusión de informaciones relativas al movimiento rebelde, no se decía prácticamente nada de sus fines ni de las condiciones económicas y sociales que lo habían provocado. Se difundía la brutalidad de la policía y la corrupción del gobierno de Batista, pero estos son vicios que revelan sobre todo el mal funcionamiento de un sistema y no de su estructura: casi no se aludía a la dependencia económica de Cuba con respecto a los Estados Unidos y a su economía basada en un cultivo único, que dejaba a los campesinos sin trabajo durante ocho meses del año. Como única notable excepción, Carleton Beals, en los artículos de *The Nation* aparecidos antes y después de la caída de Batista señaló la necesidad de una reforma agraria, de una diversificación de los cultivos y demostró que era necesario romper con la retención de los intereses norteamericanos en la economía cubana.

... A LA INQUIETUD: LOS PROCESOS.

El giro de la opinión norteamericana, tanto de la derecha como de la izquierda tuvo lugar a raíz de los procesos y ejecución de los acólitos de Batista, ocurridos en La Habana en el curso de los primeros meses del 59. Durante más de un año, se estuvo diciendo a los norteamericanos que los rebeldes combatían para acabar con la tiranía y para asegurar el respeto a los derechos civiles y las garantías individuales, y de pronto, los periódicos no hablaron más que de los procesos colectivos que parecían una evocación de los circos romanos. Afectado por estas acusaciones, Castro invitó, por aviones enteros, a corresponsales americanos a asistir a los procesos. Como resultado aparecieron oleadas de relatos mal documentados, exagerados y totalmente desfavorables. Los periodistas liberales fueron los más severos al denunciar las ejecuciones. Desde entonces, y a pesar de una visita en mayo del 59 en la cual Castro tuvo una acogida triunfal, particularmente en Harvard, la prensa de todas tendencias se mostró reservada en lo referente a él. Las cosas han empeorado con el aumento de la influencia comunista en el gobierno de Castro y las discusiones se concentran ahora casi exclusivamente en este aspecto de la situación. La visita de Mikoyan a Cuba y la determinación de un acuerdo comercial con Rusia han dado por primera vez a la U.R.S.S. la posibilidad de ejercer su influencia en la vecindad misma de los E.E.U.U. Hasta aquí el gobierno americano ha adoptado una actitud reservada y en conjunto tolerante en lo que se refiere a los discursos violentamente hostiles de Castro; lo que es aún más significativo es que los acuerdos relativos al azúcar que representan

para Cuba no menos de 100 millones de dólares al año, no han sido modificados aunque hubo movimientos diversos en el Congreso.¹ Por el momento la situación se define por una cierta reserva: si los E.E.U.U. no ayudan al nuevo gobierno, tampoco le crean dificultades, y la naturaleza de las futuras relaciones norteamericocubanas probablemente será determinada por la importancia de los compromisos de Castro con respecto a la Rusia Soviética.

Esta situación me conduce a plantear varias preguntas.

CUATRO PREGUNTAS

Primero, ¿cuál debería ser la actitud de un liberal frente a la revolución cubana? Para responderla, es necesario examinar cuatro puntos precisos: 1. ¿Cuál era la situación antes de la revolución? 2. ¿Qué estados de cosas deseáramos que se establecieran en Cuba? 3. ¿Cuál es la naturaleza de la revolución? 4. ¿Es verosímil que la revolución pueda alcanzar los fines que consideramos deseables? En suma, debemos preguntarnos de dónde viene y a dónde va esta revolución, así como qué es, antes de poder formular un juicio sobre ella. Por banal que pueda ser esta ruta, aclara con nueva luz acontecimientos tales como los procesos colectivos y las confiscaciones de tierras.

¿Cuál era el estado de Cuba antes de la revolución? La respuesta no es risueña: Batista tenía en un puño a toda la isla y le extraía centenares, tal vez millares de millones de dólares. Las más atroces torturas eran infligidas a quienes se oponían a su dictadura. Carleton Beals escribía en mayo de 1959 en *The Nation* a propósito de los ataques de la prensa norteamericana contra Castro: "Ninguno de estos críticos americanos tan encarnizados se inquietó cuando Batista abolió la libertad de prensa, encerró a periodistas... desterró por lo menos a cincuenta mil cubanos... Estos buenos críticos americanos no abrieron la boca cuando a diez o veinte mil médicos, abogados, mujeres católicas y pacifistas, trabajadores, campesinos, estudiantes, periodistas, escritores, se les arrancaban los ojos, las orejas o los órganos genitales o eran asesinados (algunos, como mi amigo Octavio Seigle fueron quemados vivos)." A estas atrocidades se agregaba una esclavitud económica que producía grandes beneficios a los americanos y a unos cuantos hombres de negocios cubanos mientras reducía a los campesinos de Cuba a la miseria.

Esto es lo que era Cuba. Y ahora, ¿qué deseáramos que fuese? Mi respuesta nada tiene de original, y puede aplicarse igualmente a todas las naciones del mundo. Se necesitaría que Cuba fuese dotada de una economía de expansión en la cual las técnicas modernas de la industria y la agricultura se utilizarán para producir una cantidad creciente de materias. Se necesitaría que tuviese una organización social tal que esta producción fuese distribuida a todos los campesinos y trabajadores de la isla y les permitiese vivir con dignidad y en condiciones materiales decentes. Se necesitaría que Cuba poseyera escuelas y hospitales suficientes para toda su po-



Castro: "un joven jurista batallador"



"descripciones novelescas de los barbudos"

blación. Y en fin, se necesitaría en Cuba un gobierno honrado, democrático, que asegurase la justicia y el respeto de la ley para todo ciudadano.

Llegamos ahora al tercer punto: ¿Cuál es la naturaleza de la revolución? ¿Qué hace Castro, cuáles son sus objetivos? ¿Cómo ha utilizado el poder del que se apoderó en enero de 1959? La respuesta no puede ser más que aproximada e incompleta, pues las noticias de Cuba son fragmentarias y las estadísticas difíciles de obtener. No obstante, hay suficientes informaciones válidas para que nos podamos hacer una idea de este régimen, nacido hace 18 meses.

UN BALANCE POSITIVO

Ante todo, Batista y sus partidarios fueron suplantados. A algunos únicamente se les echó de sus oficinas y cuarteles. A otros, entre ellos Batista, se les expulsó de Cuba. Y otros por último, fueron ejecutados. Tarde o temprano, en toda discusión sobre Cuba se llega al tema de las ejecuciones. Fueron éstas,

más que cualquier otro acontecimiento, las que provocaron el cambio de la opinión norteamericana. Es un hecho, que en el curso de los cuatro primeros meses de 1959, se inculcó de diversos crímenes contra el pueblo cubano a 500 ó 600 personas, que se las juzgó en tribunales populares donde fueron acusados e identificados por los parientes y amigos de las víctimas, y que se les fusiló. Algunos de los prisioneros eran muy conocidos, otros no. Es poco probable que se cometiesen errores graves en lo que se refiere a la materialidad de los hechos. Las personas ejecutadas eran con seguridad culpables de los crímenes de que se les acusaba. Pero está fuera de duda que hubo graves vicios de forma —los procedimientos y constatación de pruebas violaban los principios jurídicos habituales, entre ellos los de los mismos tribunales cubanos. Pruebas por simples rumores, juicios parciales, jurados populares, de todo esto hubo en los procesos de marras. Y qué decir de las ejecuciones... Difícilmente podemos encomiar la violación de las garantías legales, es cierto, pero es ilógico pensar que una revolución violenta pueda derribar un régimen como el de Batista sin que fueran ejecutados por lo menos 500 políticos, policías, verdugos y turbios funcionarios. De hecho, tan terrible era el reinado de Batista que la revolución hubiera representado un progreso aunque no tuviese en su haber más que el terminar con las torturas y asesinatos, aun al precio de 500 vidas humanas.

Pero la revolución ya ha hecho mucho más. El organismo gubernamental llamado Instituto Nacional de Reforma Agraria (I.N.R.A.) ha emprendido vastas reformas agrarias que afectan cuando menos a la mitad del territorio cubano. Cuba produce ahora arroz, antes estaba obligada a importarlo de los Estados Unidos. Se construyen escuelas y carreteras y el I.N.R.A. pone a disposición de los campesinos, a precios módicos, mercancías que antes no se encontraban más que en las ciudades. Los visitantes cuentan que el país nace a la vida con entusiasmo y esperanza. Es difícil determinar la importancia de estos progresos, pero existen buenas razones para pensar que después de decenios de estancamiento, Cuba ha emprendido el largo viaje que conduce al establecimiento de una economía sana. Esto nos permite contestar a la cuarta pregunta planteada antes. La revolución de Castro tiene muchas probabilidades de realizar abundantes transformaciones, necesarias en la organización social y económica de Cuba, y no creo que esto se lleve a cabo al precio de una tiranía a lo Batista.

Si este pronóstico es exacto, entonces, ¿por qué los americanos liberales han dejado de apoyar la revolución? No es raro oír juicios hostiles contra Castro en algunos sectores de la opinión norteamericana: la amenaza de bloqueos azucareros y de la hegemonía militar bastan para explicar en gran parte la posición oficial de Washington. El coqueteo de Castro con los comunistas ha dado qué pensar a *Time* desde antes del triunfo de la revolución. Pero estos elementos no pueden justificar el viraje de las izquierdas. Hubiera podido esperarse que los liberales apoyasen, en Cuba, un programa y reformas por los cuales lu-

charan con tanto éxito en E.E.U.U. Sin embargo, negaron ese apoyo y las causas de esta actitud paradójica deben buscarse en las concepciones y perspectivas de la izquierda americana a lo largo de los últimos cincuenta años.

LAS RAZONES DE UNA INCOMPRENSIÓN

Para comprender la aparente contradicción que hay entre un apoyo franco a las reformas sociales y económicas en el interior y una neutralidad titubeante en lo que se refiere a análogas reformas emprendidas en el extranjero, hay que analizar el carácter de la experiencia americana.

Los grandes cambios de la sociedad americana, que la han convertido en algo tan diferente hoy de lo que era hace cuarenta, y hasta veinticinco años, tuvieron todos lugar en el campo de los procedimientos parlamentarios, administrativos y judiciales. Hubo episodios violentos, especialmente sublevaciones obreras, y los historiadores tal vez pretendan que incluso hubo peligro en ciertos momentos, durante la crisis, de una revolución, pero el hecho es que las vías legales fueron suficientemente amplias para canalizar la ola de reformas sociales y económicas.

En efecto, por más que los americanos no son afectos a leer historia, ni aun la suya, se puede ver que ni la guerra de Independencia tuvo ese aspecto de agitación social tan característico de las revoluciones francesa y rusa. Los americanos tienen desde la escuela la imagen de una nación compuesta de colonos en todas las clases sociales, que primero lucharon contra los malvados ingleses y luego se sentaron en torno a una mesa para constituirse en un Estado. Cualquiera que sea su tendencia política, todo en su pasado y en su presente contribuye a persuadir al americano de la posibilidad de encontrar métodos pacíficos y moderados para evitar injusticias y corregir desigualdades.

Esta certidumbre provoca un curioso viraje de la concepción marxista de las relaciones entre la "superestructura" y la "base" de la sociedad. Al observar que las formas normales de la legislación y la justicia aparecían siempre adaptadas a sus objetivos, y que en consecuencia las palancas del poder se encuentran en el gobierno y en los tribunales más que en las fábricas, los liberales llegaron a considerar las estructuras económicas y sociales como subordinadas a las leyes y a la política. En consecuencia, instituciones democráticas tales como la prensa libre, elecciones regulares, el respeto a la ley, son consideradas como *condiciones* para cualquier progreso del bienestar del pueblo. Tal actitud no se justifica más que cuando esas instituciones, de hecho, funcionan como deben. Pero cuando no tienen poder para transformar la sociedad, el orden de subordinación se invierte y la reorganización de la sociedad se convierte en la condición necesaria para dar un contenido real a las formas democráticas.

Mi convicción es que su propia experiencia ha conducido a los liberales americanos a dar una falsa interpretación a la revolución cubana y a revoluciones análogas ocurridas en otras partes del

mundo. No tuvieron ojos más que para las elecciones, la prensa y otros accesorios de la democracia: cuando el rebelde Castro se sublevó porque eran escarnecidos por Batista, la izquierda americana le animó a continuar, pero le volvió la espalda al jefe Castro cuando creyó que ya no los respetaba. Los liberales americanos no pudieron comprender que los procesos democráticos lleguen a ser incompatibles con un movimiento revolucionario. El complejo sistema democrático de controles recíprocos y barreras presupone una sociedad estable en la cual la justicia social y económica puede alcanzarse por la acción política. El hombre de estado norteamericano Chester Bowles dirigió una advertencia referente a la reforma agraria, que bien pudiera considerarse como el principio de nuestro concepto de las actuales revoluciones en el mundo. Bowles escribe en *The New York Times* que "debemos adaptarnos de antemano al hecho de que la razón no prevalecerá siempre, que con seguridad sobrevendrán injusticias y que el precio en el presente de una estabi-

lidad de larga duración parecerá muchas veces exorbitante".

La reacción americana ante el asunto de Cuba revela, en mi concepto, una profunda incapacidad de comprensión del mundo contemporáneo. Nuestra época es una época revolucionaria. Desde 1945 la historia se ha repetido docenas de veces: estalla una revolución, son suplantados el dictador y sus partidarios, se rompen los lazos económicos y políticos con la comunidad europea y americana, y una nueva nación anuncia su intención de instalarse en el siglo xx.

A veces esta evolución se hace dentro del orden y del respeto a las formas constitucionales, pero más frecuentemente mediante la violencia. Los americanos deben aceptar este esquema y comprenderlo, si no quieren perder toda posibilidad de llegar a las nuevas naciones las instituciones democráticas del mundo occidental.

Tomado de *Les Cahiers de la République*. Julio-Agosto, 1960. París.

(Traducción C. Meda Redondo.)

ARTES PLÁSTICAS

LEONORA CARRINGTON

Por Ventura GÓMEZ DÁVILA

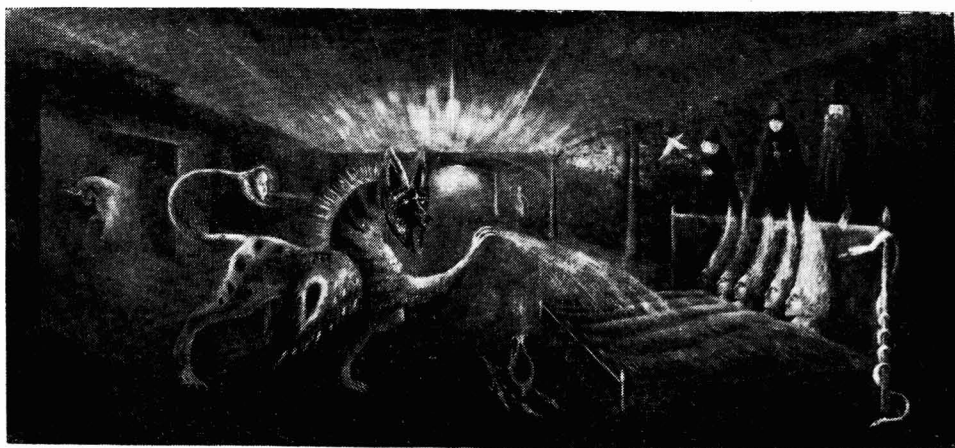
EN EL MUSEO Nacional de Arte Moderno se presenta una exposición retrospectiva de pinturas y tapices de Leonora Carrington. Estas obras son el resultado de una voluntad creadora aplicada al descubrimiento de un mundo situado más allá del que perciben los sentidos. En todos los cuadros vemos asociarse elementos irracionales de la realidad y del sueño.

La pintura de Leonora Carrington es predominantemente onírica y está poblada de símbolos que se juxtaponen. Esta artista construye sus imágenes empleando la lógica de los sueños. Como Baudelaire posee una voluntad de magia, nos hace olvidarnos de nuestro yo y nos comunica con sus "paraísos". En estos cuadros encontramos una continua asociación de elementos concretos con elementos subjetivos. Procedimiento relacionado con la práctica de la magia, y que tiende a lo "imposible". En la pintura de Leonora Carrington se advierte una intensa aspiración a la libertad, quiere encontrar

las respuestas de todos los enigmas, principalmente de los metafísicos.

Las imágenes de Leonora Carrington gozan de una independencia casi absoluta. Por ejemplo, si pinta un caballo, éste no tendrá un parentesco con su género, sino que será un caballo singular que desafiará a la naturaleza y a sus leyes. Esta artista nos muestra siempre el otro aspecto de la realidad, el misterio que vibra detrás de todos los seres, pero que el enajenamiento de la vida cotidiana nos impide ver.

La visión de Leonora Carrington es muy compleja. Abarca desde los aspectos cotidianos de la existencia hasta los sueños apocalípticos. El humor grotesco de esta artista se pregunta siempre: ¿qué hay detrás de los seres? Su obra nos ofrece una lección de valentía para romper los convencionalismos, desde los ópticos hasta los lógicos. Redescubre la naturaleza, el destino del hombre y el de los objetos inmateriales. Y se declara la intérprete de nuestros sueños. Posee la clave de los sueños y domina su psicología.



"La pintura de Leonora Carrington es predominantemente onírica"